

Cierto maravilloso fuego se vislumbraba en su alma y brillaba en sus ojos haciendo de sus palabras otros tantos encendidos dardos. Por vez primera se ofreció la belleza ante mis ojos.”

Á la verdad, ¿no era sobremanera poético y hermoso ver á una doncella, á quien estaba reservado tal porvenir, y con ella al niño que en su día había de ser ordenado de sacerdote, en presencia de las maravillas naturales de aquel rico país en el pleno esplendor del otoño, y oír los inspirados y melódicos versos de la tragedia más bella que hay escrita en lengua francesa? ¡Qué admirablemente convienen estas palabras con la pobre Francia, asolada por la revolución y regada con sangre! ¿Acaso no vino esta revolución, semejante á la reina Atalia, á destruir hasta la última reliquia de la casa de David? ¿Y no fué llamada en parte Sofía á cooperar á la restauración del reino de Jesucristo, á que este Señor, como el niño rey Joas, saliendo de su escondido retiro, volviese al profanado santuario con la pompa y solemnidad debida?

Para que llegara pronto esta bendita hora, Sofía en el ardor de su celo hubiera querido ser hombre. “¡Dichoso tú,” decía á su sobrinito, “que eres hombre; en esto te tengo envidia, porque los hombres pueden hacer muchas cosas y grandes por la gloria de Dios!” — Terminadas aquellas vacaciones volvió á París para continuar con su hermano su vida tranquila y solitaria de trabajo y abnegación. En qué habían de parar todos aquellos preliminares, ni ella ni su hermano lo supieron durante mucho tiempo. Ambos

hacían el bien que cada día se presentaba abundantemente ante sus ojos, esperando de la bondad de Dios que claramente les diese á entender lo que en particular quería de ellos. Tres veces volvió después Sofía á Joigny por la vendimia, hasta que sonó la hora de la Providencia. De un modo apenas presentado de los que fueron llamados, se mostraron el fin y el camino ordenados á realizar en honor de Dios sublimes empresas.



CAPÍTULO TERCERO.

INSTITUCIÓN DE LA SOCIEDAD DEL
SAGRADO CORAZÓN.

1798.

EL año de 1797, á la edad de treinta años no cumplidos, murió en Viena (Austria) un sacerdote de gran virtud, por nombre Leonor de Tournely. Ya desde algunos años atrás este sacerdote había reunido en torno suyo á amigos de su mismo espíritu é intención, y con ellos trataba de restablecer plenamente la Compañía de Jesús, que á la sazón únicamente subsistía en Rusia. Por lo pronto estos piadosos sacerdotes vivían según la regla de San Ignacio, y se denominaban: “Compañía del Sacratísimo Corazón”.

Era además su intento proveer á otra necesidad urgente de la época, y en esto á la verdad el éxito no respondía á sus deseos. Querían restaurar la sociedad doméstica, que gracias á las llamadas “luces” y á la frivolidad de las costumbres—sobre todo en

las altas clases de la sociedad de aquel tiempo—había decaído tanto, y que gracias también á la tormenta revolucionaria y á la emigración se veía enteramente disuelta y sin vida; y trataban de despertar principalmente en la mujer y en la madre el antiguo espíritu cristiano.

Así se fué produciendo en el ánimo del piadoso Padre Tournely el concepto de una orden religiosa de mujeres, que tomase asimismo el nombre del Corazón de Jesús, y se consagrara á la educación, no sólo de niñas pobres sino también de las que pertenecen á las clases elevadas de la sociedad. Como base de esta institución estableció en estos ú otros términos parecidos la siguiente: “Los miembros de esta Sociedad han de consagrarse sin reserva alguna al Corazón de Jesús, á infundir su amor en el corazón de los hombres y á procurar que conviertan su espíritu á la luz de las doctrinas celestiales de nuestra adorable religión. Así deberán mirar principalmente á copiar ante todo en sí mismas las virtudes y el espíritu del Sagrado Corazón para imprimirlos después, mediante la educación, en el corazón de la juventud, capaz de todo bien.”

Durante mucho tiempo pareció que la realidad iba á coronar felizmente los santos deseos del inspirado sacerdote, pues que tan buena acogida hallaron en la piadosa princesa Luisa Adelaida de Borbón-Condé, alma ya probada en muchos trabajos; pero esta esperanza se desvaneció en un instante: la princesa prefirió un género de vida más contemplativa y se encerró en un claustro de religiosas trapenses.

No fué más feliz el Padre Varín, quien desde el principio de aquella Sociedad sacerdotal fué uno de sus miembros principales y el más íntimo consejero del fundador. Habiendo éste fallecido, como el Padre Varín le hubiera sucedido en el oficio de superior, y se sintiera acosado sin cesar de aquella misma idea, creyó haber hallado el instrumento de que había menester su ejecución, en la archiduquesa Mariana. Pero entonces precisamente las cosas tomaron para él y para sus colegas un rumbo nuevo y decisivo.

Un sacerdote, llamado Paccanari, había fundado en Italia una Sociedad cuyos miembros tomaron el nombre de “Padres de la fe”, con el mismo intento que el del Padre Tournely. El Papa manifestó el deseo de que ambas congregaciones se juntasen en una, que se denominara de “los Padres de la fe”, para que trabajasen así unidas en la viña del padre de familias. Así se hizo al punto: Paccanari fué constituido en cabeza, y la archiduquesa Mariana se puso bajo su dirección fundando más tarde en Roma un modesto instituto religioso. Pero esta fundación no respondía á la idea concebida por los Padres Tournely y Varín; y por esta razón todos los conatos del último eran á dar con la piedra viva sobre la cual fuese el Señor servido de establecer la “Compañía del Sagrado Corazón”.

El día de San José del año de 1800 el Padre Varín partió de Viena en dirección á Francia para preparar con algunos “Padres de la fe” un terreno conveniente á su acción. En París toparon luego con Luis Barat, y en él con un compañero celoso, que estaba esperando el divino llamamiento.

Aconteció un día, según después lo ha referido el Padre Varín, que éste interrogara al Padre Barat "acerca de su familia para probar á ver lo que todavía le tuviese encadenado en el mundo. Él me contestó que tenía consigo una hermana más joven que él. Yo entonces quise saber por él la edad y las aptitudes de ella; á lo cual me contestó diciendo que tenía veinte años, y había aprendido latín y griego...; que ella pensaba entrar en algún convento de religiosas carmelitas, aunque en aquel momento se hallaba entre los suyos".

Al Padre Varín se le ocurrió entonces si sería esta joven la destinada por Dios en primer lugar para la nueva obra... y en este pensamiento se confirmó más y más cuando conoció á aquella doncella extraordinariamente modesta y pudorosa. Luego comunicó su plan al Padre Barat: lleno éste de alegría se mostró por su parte conforme, y comprendió entonces las trazas de que había usado Dios para preparar á su querida hermana por modo á la verdad nada común. Su primer paso fué dejar la dirección espiritual de su hermana y suplicar al Padre Varín que la tomase sobre sí, en lo cual convinieron ambos.

El Padre Varín juntaba con su energía el arte de esperar y de adelantarse suavemente, según había acontecido con el Padre Barat. Observó pues á Sofía, oró mucho, lo consideró todo dentro de sí mismo y en presencia de Dios, singularmente después de haberse encargado de su dirección espiritual; finalmente le preguntó qué juicio había formado de su vocación; á lo cual contestó ella que su deseo

era hacerse religiosa carmelita. Hombre de corazón magnánimo, el Padre Varín hizo el debido aprecio de esta inclinación, pero también veía que Sofía había recibido de Dios aptitud singular para ejercer *inmediato* influjo en compañía con otras del mismo espíritu combatiendo las miserias intelectuales y morales de su época. Pintóle pues, como sólo un sacerdote tan celoso puede hacerlo, la creciente descristianización en todas las clases, y principalmente los gérmenes de corrupción que transmiten á todos los miembros de las respectivas familias aquellas mujeres que no han sido educadas en el amor de Dios; exhortóla por último á que considerara si no era ésta la misión que debía cumplir, y con este motivo le descubrió su designio tal como había nacido del ardentísimo celo por las almas en el ánimo del Padre Tournely, aunque hasta entonces estaba por ejecutar. Sofía pidió tiempo para reflexionar; pero á poco, negándose á sí misma y llena de confianza en Dios, se adhirió á las intenciones de su director.

Octavia Bailly y la señorita Loriguet, que hasta entonces había estado al frente de un colegio, se agregaron á ella, y la criada de la señorita Duval, Margarita, fué la primera hermana lega entre las piadosas compañeras que, poseídas de mucho amor, no tenían otro pensamiento sino consagrarse á Dios y conocer con luz cada vez mayor su santa voluntad. El Padre Varín les dió el plan de vida diaria, les prescribió la tarea en que habían de ocuparse, así como sus ejercicios de oración; y fué tan grande el celo de Sofía por ganar almas, que ya desde

entonces estuvo pronta para seguir la invitación de un misionero y dedicarse enteramente á la conversión de los gentiles. Realmente tenía que someterse á la voluntad de su director, que le mandó permanecer en París; pero como después lo ha manifestado, pedía "con viva instancia á Dios que enviase algún día otra compañera en lugar de ella y mejor que ella, que pudiera llevar adelante aquella obra".

Bajo la dirección del Padre Varín, hombre de corazón verdaderamente apostólico, cuya vida en su juventud se parece á la de San Ignacio, — porque como éste dió pruebas repetidas de heroico valor y desprecio de la muerte en el campo de batalla, y después, tocado de la divina gracia, trocó el uniforme de guerrero por la sotana de religioso — no sólo se puso la piedra angular de la nueva Sociedad, sino también fué puesto en las almas de las postulantes el fundamento que debe formar el espíritu de esta religión, conviene á saber: *fortaleza, magnanimidad y dulzura*. Después de una plática del director, llena de fuego y entusiasmo, en la fiesta de San Estanislao de Kostka (13 de noviembre), aquella pequeña grey, animadas todas del mismo entusiasmo, anhelaba con impaciencia consagrarse solemnemente al divino Corazón de Jesús. El Padre Varín se agradó en tan santo anhelo; dió á las hermanas los ejercicios de San Ignacio, y por conclusión de ellos en la fiesta de la Presentación de María profirieron el acto de su consagración después de la que tiene lugar en el sacrificio de la misa, y mientras les repartía el Padre Varín el manjar eucarístico. Sucedió esto el día 21 de noviembre de 1800.

Algún tiempo después, por el mes de mayo siguiente, estando en una misión en Amiéns el Padre Varín, hubo de conocer á dos piadosas señoritas, á Genoveva Deshayes y Enriqueta Grosier, las cuales le parecieron muy buenas para aumentar el número de la pequeña compañía. Enriqueta dirigía con una tía suya un pensionado, que á pesar de los esfuerzos de entrambas caminaba á su ruina. El Padre Varín las persuadió á ceder esta institución á la Sociedad del Sagrado Corazón. El 15 de octubre de 1801 se formalizó el contrato; y de esta suerte se vió fundada propiamente la primera casa de la Sociedad. Las compañeras de París se trasladaron luego á Amiéns; antes sin embargo que dieran principio á sus nuevas funciones quiso el Padre Varín que hiciesen otra vez ejercicios espirituales, y después, que cada una de las hermanas le dijese si estaba seriamente resuelta á seguir la nueva vocación. Octavia Bailly creyó que no podría cumplir este voto, porque su inclinación dominante era á ser religiosa carmelita. En Sofía Barat causó vivo dolor esta resolución de su amiga; pero habiéndola considerado según el espíritu de sumisión á la voluntad de Dios, dijo tranquilamente al Padre Varín: "El humano respeto á personas queridas no tiene poder sobre mi determinación: no quiero otro contento sino únicamente el beneplácito de Dios. Creo hacer su voluntad, y esto me basta; y así quiero seguir aquí y obrar según la medida de mis fuerzas."

En la distribución que luego se hizo de los oficios entre las hermanas, la señorita Loriquet fué nombrada superiora, y á Sofía se le encomendó el de

enseñar en las clases superiores é instruir en el catecismo á las parvulitas. Desde entonces comenzó en Amiéns la vida activa de estas mujeres, no menos dada á las prácticas de la piedad que á la privación de contentos sensibles. El pueblo las llamaba, ora “hermanas de la fe”, ora “hermanas de la doctrina cristiana”; todavía no querían ellas que sonase su verdadero nombre “del Sagrado Corazón”, porque el Gobierno de entonces, harto suspicaz, se figuraba ver en este nombre un recuerdo, cuando menos, de los héroes de la Vendée, ya que no un signo de secreta rebelión.

Á las hermanas fueron una veintena de niñas: el local era muy estrecho: dos piezas para escuela en piso bajo, y subiendo una escalera una pieza para dormitorio. Todavía se aprovechó en el desván espacio para una capilla—la primera capilla de la Sociedad del Sagrado Corazón—ciñendo con tablas el oportuno recinto. El divino Salvador allí escondido en el Santísimo Sacramento era el centro del amor y concordia que reinaban en aquel humilde claustro y dulcificaba las penas todas y sacrificios de las hermanas.

Sofía particularmente se adelantaba día por día en la vida espiritual: “Todas sus delicias y su más dulce descanso los hallaba en estar unida con su celestial Esposo.” Y en el humilde sentir de sí misma iba presurosa delante de sus hermanas, tanto que el Padre Varín tuvo que prevenirla contra un exceso que hubiera podido engendrar escrúpulos innumerables y melancolía. “Cuando sintáis”, le dijo, “que

vuestra alma se dilata, y que vuestro pecho respira libremente animado de la esperanza, del amor y de la confianza, decid con plena certidumbre: ¡Cerca de mí está el Esposo! Así se anuncia su presencia. Por el contrario, cuando vuestra alma se sienta envuelta en las sombras de la duda, de la ansiedad y de la confusión, sin ánimo para el bien, entonces, no lo dudéis, el enemigo de vuestra salud maquina en vos. Guardaos de prestarle oído ni un solo instante; no le respondáis; despreciadlo á él y á todos sus artificios.”

El domingo de Pascua de Pentecostés, 7 de junio de 1802, dispuso que así ella como Genoveva Deshayes pronunciaran sus votos. Por la mañana, como buscaran á Sofía Barat, que no parecía en la capilla, halláronla sentada en el patio, debajo de un avellano, inmóvil y como en éxtasis. De allí hubieron de llevarla al pie del altar.

Dios en tanto bendecía las obras de su pequeña grey; el pensionado creció también visiblemente, y así hubo necesidad de trasladar la institución á un lugar más espacioso. Para niñas pobres abrieron las hermanas una escuela, á que luego acudieron muchas. Pero más importante que esta traslación fué la dimisión que hizo la superiora de su oficio, para el cual no parecía haber sido formada. La señorita Loriquet volvió á dedicarse en París á la enseñanza. Decía la Madre Deshayes: “Podrá acaso haber cometido sus faltas nuestra superiora, pero siempre deberemos estarle muy agradecidas, pues nos obligaba á seguir adelante con ciega simplicidad

y á ponernos, desnudas de voluntad propia, en las manos de Dios." Esta expresión formula admirablemente el espíritu de amor, de obediencia ciega y de confianza ilimitada en Dios que reinaban en la nueva Sociedad.

Aunque la pequeña comunidad se había aumentado con nuevas hermanas, fué común entre ellas la opinión, que Sofia Barat era quien únicamente podía encargarse del oficio de superiora. Muy lejos estaba ella de pensar en semejante elección, y aun había razones para creer que haría cuanto fuese de su parte para librarse de esa dignidad; pero el Padre Varín discurrió un medio con que prevenir las dificultades que opusiera Sofia para admitirla. Dispuso cierto día que se reuniesen las hermanas como para oír de sus labios una plática espiritual, y dirigiéndose á Sofia Barat, le dijo: "Hermana, puesto que sois la más joven de todas, á vos es razón que os haga esta sencilla pregunta: ¿Para qué nos ha criado Dios Nuestro Señor?"

— "Para conocerle, amarle y servirle", fué la respuesta.

— "¿Y qué es servir á Dios?" preguntó en seguida el Padre Varín.

— "Servir á Dios", respondió la hermana, "es hacer su santa voluntad."

— "Perfectamente", dijo el Padre en tono de autoridad; "pues su voluntad es que vos seáis desde este momento superiora."

Cual si hubiera sido herida de un rayo, la hermana Sofia cayó de rodillas en tierra, y levan-

tando las manos al cielo en ademán suplicante, puestos los ojos en el sacerdote, pidió que hubieran de ella piedad. Pero el Padre Varín se mantuvo inflexible. "Estaba conmovido", dijo él mismo después á las hermanas, "al ver el dolor de la pobre Madre. Durante diez largos años me ha instado incesantemente para dejar este peso, aunque en vano; por dicha vuestra, nunca me ha ocurrido darle gusto, pues nunca he visto en ella otra dificultad para el oficio de superiora que su profunda humildad."

Este nombramiento, ratificado por todas las hermanas, fué hecho el 21 de diciembre de 1802; la hermana Sofia, ó como desde entonces se le llamó, la Madre Barat, apenas contaba veintitrés años de edad. Pocos días después, á presencia de toda aquella familia religiosa reunida, la joven superiora manifestó con palabras que le salían del corazón, que cuanto era más sensible su falta de capacidad, tanto era mayor su deseo de servir las á todas, y arrodillada humildemente fué besándoles una por una á todas ellas los pies. Y en este amor, en que así se olvida el que ama de sí, y en esta humildad, así inclinada á servir á los demás en el oficio de superiora, se mantuvo fiel hasta el fin durante el espacio de más de cincuenta años.

Con amor y confianza, según la constante recomendación del Padre Varín, puso manos á la obra. En los "Padres de la fe" halló el más eficaz apoyo. Con su ayuda y dirección fueron ordenados los estudios, y la regla doméstica recibió forma y determinación más precisa. Nuevos miembros se iban constante-

mente incorporando á la Sociedad; de ellas jóvenes de las más antiguas é ilustres familias de la nobleza de Francia. El Padre Varín envió entre otras á Amiéns como postulanta á la señorita María du Terrail, recomendándola en razón de su "gran talento y aptitud para enseñar y educar". Algún tiempo después llamó á las puertas del claustro Catalina de Charbonnel de Jussac, joven educada con exquisito cuidado por sus abuelos, de quienes había heredado con la más tierna piedad ánimo generoso para todas las cosas de Dios. Su abuelo murió en los días de la revolución en un calabozo, adonde le había arrojado el odio revolucionario; su padre perdió la vida defendiendo á su rey en los campos de batalla; y su hermano, que pudo vivir oculto largo tiempo, como al fin fuera descubierto, murió fusilado por los jacobinos. Á pesar de tan rudos golpes no cayó el ánimo de Catalina; tenía el cuidado de sus hermanas, y en medio de la pobreza á que vino, halló modo y camino de ayudar á la Iglesia en sus ministros, los sacerdotes disfrazados y perseguidos, confeccionando secretamente para ellos vestiduras sagradas y llevándoles ornamentos y otros objetos para el culto, sin temer el peligro á que exponía su libertad y hasta su vida en los días del terror. Con razón se alegró la Madre Barat del bien que recibía su pequeña comunidad con esta postulanta, á quien sin embargo no se perdonó cosa alguna de lo que pedía su probación.

Los trabajos y acaso también las rigurosas privaciones de aquella nueva vida acabaron con las fuerzas de muchas hermanas y las redujeron á guardar cama.

La Madre Barat enfermó también, habiendo venido á tal estado de debilidad, que para poder atender al cuidado de la comunidad le pareció bien no descuidar del remedio. Demás de esto aconteció que una de las religiosas hubo de sufrir síntomas de enajenación mental, accidente que en toda la ciudad de Amiéns dió ocasión á juicios los más desapiadados é injustos contra el nuevo instituto. Por último, la obra de las hermanas pareció sospechosa al Gobierno civil á causa de sus relaciones con los conocidos "Padres de la fe", cuyo celo por todo lo que pertenece á la fe, se había atravesado, como espina en los ojos, á la incrédula burocracia.

El Padre Varín, amante fiel de la nueva Sociedad, no cesaba de consolarla y darle buen ánimo. "Por medio de una serie de pruebas", escribía á la Madre Barat en 20 de octubre de 1803, "ha grabado el Señor en vuestra casa, como en prenda de su amor, la señal de la salud; ya abrirá su mano para enriquecerla con inestimables bendiciones. Así, de nuevo os digo hoy: ¡Confiad siempre en él!" Y quince días después: "¿Habéis olvidado acaso, querida hermana, que nuestro divino Salvador cayó, cierto, abrumado del peso de la cruz, pero no se quejó de él? Firme estuvo sin apartarse de ella. Así se cumplió su intento, y es eternamente glorioso y bienaventurado, *et regni eius non erit finis*. Jesucristo es vuestro Rey, vuestro Esposo, vuestro Modelo, y á la verdad no le fué á él tan bien como á vos, pues cuando cayó en tierra, todos fueron golpes y vituperios de sus enemigos, que de nuevo le levantaron en alto, y sólo hubo

uno de fuera que le ayudara á llevar la cruz; mientras que si vos dais en tierra, luego se apresuran á socorremos millares de ángeles y santos con la Reina de todos ellos y aún con el mismo Jesús vuestro divino Esposo. ¿Seréis pues osada á quejaros?"

Estas palabras eran tanto más expresivas cuanto más se había agravado el mal de la Madre Barat, que se temía fuese cáncer y tisis. Ella misma no creía recobrar la salud; mas en medio de sus padecimientos siempre se la veía serena, apacible y resignada. Á uno que le habló de lo que perdería el instituto si ella faltase de entre los vivos, "¿Qué somos nosotros," le dijo, "para poder siquiera imaginar que Dios necesite de nuestro concurso? ¿Acaso no puede hacer de las piedras hijos de Abrahán? Yo os aseguro que el pensamiento de mi muerte próxima me consuela sobremanera."

Pero el Señor le devolvió la salud, y al cabo de una ausencia de muchas semanas pudo estar de vuelta en Amiéns. Pronto le fué dado adquirir el convento que fué de los Padres del Oratorio, é instalar en él la institución.

Entretanto el Padre Varín, que recorría los pueblos como celoso misionero, hizo conocimiento en Grenoble con Filipina Duchesne, natural de aquella ciudad. Esta Filipina, antes de la revolución francesa, perteneció como novicia á la orden de la Visitación, y desde hacía algunos años había procurado, aunque en vano, reconstruir el convento de su patria; reducido á ruinas; ahora se ofrecía á sí misma y ofrecía sus poquitas compañeras y todo el edificio que estaba

en construcción, al instituto del Sagrado Corazón. El Padre Varín aconsejó á la Madre Barat que fuese á Grenoble para entender por sí misma en este negocio y ver si era posible admitir tan buen ofrecimiento; entretanto la dirección de la casa de Amiéns quedó en manos de la Madre Baudemont.

Así comenzó en la Madre Barat la serie de privaciones, sacrificios y trabajos que por espacio de cincuenta años de apostólicos viajes habían de pesar sobre su alma, inclinada de suyo á la vida de soledad y piadoso retiro. El 13 de diciembre, después de largo y penoso viaje, llegó á la ciudad de Grenoble, donde se olvidó de todos sus cuidados. Halló en efecto almas tan bien dispuestas, que ningún sacrificio se les hacía difícil; su único deseo era darse enteramente y sin reserva alguna al Sacratísimo Corazón de Jesús y consumir la propia vida en su servicio.

La Madre Barat puso á estas nuevas hermanas, que por tanto tiempo habían estado esperando la hora de la gracia, en los ejercicios de la casa de Amiéns, y les dió á conocer las prácticas del instituto. Mas por su parte el enemigo de todo bien no se daba punto de reposo. En la ciudad se levantó en muchos contra la nueva obra grandísima oposición. "¿Qué saben ni entienden", decían, "estas maestrillas? ¿qué monjas son éstas? ¿qué pretenden con sus rigurosas penitencias? etc. etc." La buena hermana Filipina sentía mucho que á la Madre Barat, á quien tanto ella veneraba, la ofendiesen con tan amargas críticas; pero la serena calma con que ésta lo escuchaba todo, la persuadía á ella misma á no hacer caso de ellas.

Por abril de 1805 tuvo que partir la Madre Barat para Lyon. En esta ciudad le cupo la dicha de ver al Papa Pío VII, que pasaba por allí para volver á Roma después de la coronación de Napoleón Bonaparte. Oyó la misa que dijo el Padre Santo, recibió de sus manos la sagrada comunión y fué recibida en audiencia por él. Ésta fué la vez primera que el Padre Santo tuvo noticia de la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús, habiendo concedido, lleno de bondad, á la fundadora su santa bendición. El mes siguiente (mayo de 1805) volvió la Madre Barat á Grenoble, y se ocupó, como antes, con sus novicias de allí, á las que procuró infundir el espíritu de amor, de sencillez y alegría que dilata los corazones y los dispone para servir al Salvador crucificado con generosidad y espíritu fiel de sacrificio.

Como ya fuera llegando el tiempo en que habían de profesar las hermanas, el obispo de Grenoble, Monseñor Simón, antes de otorgarles la oportuna licencia, quiso conocer las reglas de la nueva Sociedad. La Madre Barat tuvo pues que componer un primer bosquejo de la misma á lo menos sobre los puntos esenciales. Hasta entonces las reglas de la orden se habían venido conociendo por vía de tradición oral ó más bien por las prácticas diarias del instituto.

Después de algunas breves noticias históricas y otros datos preliminares sobre el origen y el fin del instituto, la Madre Barat explica el porqué hasta entonces no se había escrito libro alguno de las reglas de la orden: así ella como los directores espirituales

habían aguardado en este punto el resultado de la experiencia antes de ponerse nada por escrito como ley. Después añadía:

“En la esperanza de poder presentar oportunamente á vuestra solicitud episcopal nuestras constituciones, me permito comunicar á V. R. provisionalmente una breve idea del género de vida que practican las hermanas que pertenecen á la Sociedad del Sagrado Corazón.

“Fin de nuestra Sociedad es trabajar en la propia perfección y para la salud espiritual del prójimo.

“Debemos pues, en espíritu de abnegación, despreciar al mundo y á nosotras mismas y procurar únicamente la honra y gloria de Dios; debemos habernos con el prójimo blanda y humildemente y obedecer alegremente á las superiores.”

En seguida declara el modo cómo debe la Sociedad cumplir ese doble intento, conviene á saber: Primero, cuanto á la *propia* perfección (de las hermanas), el noviciado y la fiel observancia de los deberes cristianos. Y respecto á la acción en pro de la salud espiritual *del prójimo*, la educación de las niñas, y la instrucción gratuita de los pobres, así como la proporción que ofrece á las que, viviendo en el siglo, quieren dedicar algunos días á hacer ejercicios espirituales, para lo cual les abre el instituto sus puertas.

Acerca de la organización interior dice:

“1º: Las diferentes casas de nuestra Sociedad estarán bajo el régimen de la superiora general.

“2º: Todo es común en nuestro instituto, y el tenor de vida sencillo y en nada ajeno de lo ordinario.

En punto á penitencia y ayuno, fuera de lo ordenado por la Iglesia, nada está prescrito en nuestra regla.

“3º Todos los días por la mañana una hora de meditación, y media al anochecer; lectura espiritual, y dos veces examen de conciencia.”

Estas líneas fueron estimadas por suficientes y aprobadas verbalmente por el obispo de Grenoble.

El día 21 de noviembre recibió el Padre Varín los votos de tres hermanas, y la Madre Barat pudo volverse á Amiéns.

Para mantener la unidad de espíritu y de corazón en la Sociedad, se hacían necesarias dos cosas: tener una superiora general, y que fuesen escritas las reglas. Y así se hizo. El día en que se celebró la Cátedra de San Pedro, 19 de enero de 1806, reunidas todas las profesas de Amiéns, fué elegida por superiora general, muy contra su expectación y deseo, la Madre Barat. Las palabras siguientes de la Madre Deshayes expresan muy bien el pensamiento de las hermanas electoras: “La íntima unión de la Madre Barat con el divino Salvador, su dulzura y prudencia, su amor á las hermanas, por cuyo bien estaba siempre pronta á hacer sacrificios, su sabiduría y su prudencia en los negocios, y esto en una edad en que otras sólo hacen concebir esperanzas de sí, todo nos dió á entender que ella era la madre y guía que en su amor nos había Dios deparado. No pensaba ciertamente así la Madre Barat, sino antes creía que el Señor la ponía en este cargo á causa de sus pecados.”

Sin despegar sus labios aceptó la Madre Barat la divina ordenación, porque á la obediencia no oponía

ninguna dificultad, si bien interiormente se sentía como oprimida y anonadada con el peso que nuevamente se le imponía.

Elegida la Madre Barat, pensóse en trazar y establecer la regla; pero luego se echó de ver que muchas de las hermanas no veían con claridad este punto; y así el Padre Varín juzgó que había que aguardar aún; y habiéndose dado al convento de Amiéns, como se dió al de Grenoble, una breve suma de los estatutos y del fin de la nueva Sociedad, que fué benévolamente recibida, el Padre Varín renunció al título de superior del nuevo instituto, el cual comenzó entonces á tener vida propia y á verse representado en la persona que, elegida por superiora general, tanto derecho tenía á la más entera confianza. No cesaron por esto sin embargo los cuidados, auxilios y consejos del Padre Varín, sino en todo el resto de su vida, ya él presente, ya ausente, influyó sobremanera en la Sociedad del Sagrado Corazón. Dejó á Amiéns poco tiempo después de haber sido elegida por superiora general la Madre Barat.

Cuán agradable hubo de ser esta obra al divino Salvador, se echa de ver en haberse manifestado desde muchas partes el deseo de conseguir respectivamente una fundación, ofreciéndose casas para el intento y habiéndose extendido rápida é inopinadamente el nuevo instituto. Tan inesperado incremento tuvo por consecuencia, no ya sólo el aumento de trabajo en la superiora general, sino también que fuera conmovido con un sacudimiento peligroso el fundamento de un edificio que apenas podía tenerse por construído.